

TÍTULO: Leyenda de Saritilla  
y la estrella celosa

SEUDÓNIMO: Leyenda de  
Saritilla y la estrella celosa



# LEYENDA DE SARITILLA Y LA ESTRELLA CELOSA

*El flamenco es el libro sonoro en el cual está  
escrita la historia de un pueblo, a través  
de miles de letras que hablan de la pena y de  
la pobreza, del amor y de la alegría, de la lucha de  
los hombres por vencer la fatalidad de un destino  
que le viene impuesto solo por el hecho de haber  
nacido de una madre gitana.*

Agustín Vega Cortés.

La niña Sarai empezó a bailar antes que a andar. Levantaba sus manecitas chiquitas y rosadas, las abría como estrellas de mar e iba cerrando dedo por dedo, caracoleándolas al ritmo de las palmas de cualquiera de nosotros. Nos partíamos de risa.

Cuando empezó a mantenerse en pie, la tía Carmen la metía en el parque, pequeña jaula protectora donde podía caer de culo y de boca sin hacerse daño. La niña tomó la sorprendente costumbre de meter los dientecitos de abajo en la malla del parque y tirar hacia atrás con la cabeza. Se le riñó, se le dieron cachetes, pero la niña seguía, erre que erre. Asumimos que Sarai perdería los dientes cualquier día, y pronto la llamaríamos la Mellea, y bueno, a mal tiempo buena cara: así la diferenciaríamos de su prima Sarai, la de la tía Amalia. En el entretanto, le decíamos Saritilla por ser la más chica.

La tía Carmen no asimilaba con tanta despreocupación que su preciosa morenita de ojazos negros se le desdentara, pues vaya complicación para dar cuenta de unas buenas lonchas de jamón, cuando lo hubiera. Como madre, Carmen observó que la chiquilla, en cuanto sonaba una guitarra, se olvidaba de su tira y afloja con el parque y prestaba atención, con sus grandes ojos fijos, como quien mira una película en el cine. Así que decidió llevar el parque al patio cada mañana, mientras ella iba a limpiar los garitos del abuelo Pedro.

En el patio, nuestro tío el Búho claveteaba las medias suelas y empuñaba la lezna cosiendo zapatos y botas, remendando y también fabricando, que eran buenos tiempos para los artesanos zapateros.

Nosotros a veces le habíamos robado algunas de sus herramientas para jugar a las muñecas, había una (no recuerdo el nombre) que era perfecta para arroparla y acostarla en una caja. El Búho no nos reñía, se limitaba a pedirnosla cuando la necesitaba, venga p'acá la muñeca, que me tenéis loco con vuestras rapiñas, si la tía Amalia os hizo una muñeca de trapo que parecía de china de lo bonita que era, qué hartón de criaturas tengo, a ver si crecéis, pero se notaba que todo lo decía con cariño, siempre sin enfados, que fue bueno toda su vida lo que pasa es que era muy rarito. De chico aprendió a leer solo, nadie sabe cómo pero un día salió con un libro de poesías que se había encontrado en un bolso viejo de viaje, en la cámara de la tía abuela Tula, la Montoya. El libro era el Romancero Gitano, de un tal Federico. Estaba dedicado en la primera página: "Para mi amigo Carlos. Recuerdo de profunda admiración". Y la firma, con una F alta, altísima, como las notas que a veces alcanzaban las voces de las mujeres en las veladas familiares. Toda la vida conservó el libro, reviejo ya, rotos los bordes de las hojas. El Búho era tan listo que le pusieron cristales desde bien chico porque insistía en que le faltaba vista, y con aquel pelo rubio descolorido por el sol y las gafas redondas de empollón que nunca fue al colegio, parecía un búho sabio.

El Búho tocaba la guitarra como nadie. Yo creo que no le iba a la zaga ni a Paco de Lucía, ni a Sabicas, ni a ninguno de los grandes. Se hubiera hecho de oro de no habérselo impedido su maldita timidez, vergoña de la pura, que la guitarra le quemaba si alguien fuera de los íntimos se atrevía a escucharle. La tía Carmen se lo rogó hasta de rodillas, hijo mío que nos sacas de pobres a tós, mira tus hermanillos ¿no te gustaría que estudiaran y se hicieran hombres de bien, que se codearan con los mejores payos? Listos que son, que han salío como tú sobre tó er Felipe, hijo mío que tú cierras los ojos y te haces a la idea de que no hay nadie escuchando, mira que eres mu grande, pero mu grande, haz un esfuerzo por tu madrecita que te llevó en esta barriga como quien lleva al rey. El Búho tragaba saliva y acababa con dos lagrimones gordos corriéndoles por las mejillas, que hasta el abuelo Pedro tuvo que ejercer su mandato para que la tía se callase y dejase en paz a la criatura de una vez, que el que nace vergonzoso no se cura a fuerza de ruegos ni de varas, Carmencita, que eres burra como tú sola, lo mismo que tu hermana nació morena y con bigote y no se lo pué quitar por mucha manzanilla que se eche pa enrubiarse, que er que nace cochino muere marrano, hija mía. Deja al Buhíto con sus

soledades que bien felices que podemos considerarnos con este canario rubio en casa que nos alegra toítas las horas del día.

Lo que el abuelo Pedro decía iba a misa, pero aun así la tía Carmen se las apañó para sacar sus buenos dineros en rachas malas, trayendo con mucho sigilo a algunos guiris que estaban dispuestos a pagar lo que les pidieran por escuchar al tocador desde la cocina, sin asomarse al patio ni verlo porque entonces se enmudecían sus manos y sanseacabó. Incluso aquel misterio que rodeaba la actuación ignorada por el artista, le añadía valor, era un secreto que corría de boca en boca como el vinillo de una bota en noches de luna. Sin carteles ni anuncios, solo un “yo sé de un sitio... pero es que es algo muy difícil de conseguir, mi tía no accede nunca, solo alguna vez, como un favor muy especial, para el actor tal o el escritor cual...”; eso pica a cualquiera, lo que nos queda demasiado alto es lo que siempre anhelamos, aunque probablemente, si nos lo regalaran, pasaríamos de largo sin apreciar su valía.

La niña Saritilla escuchaba a su hermano (veintidós años se llevaban, podría haber sido su padre) y agitaba las manitas y después, cuando ya se sostenía en pie, zapateaba con una gracia que nos volvía locos a todos. Nos reuníamos algunos primos a tocar las palmas, el Búho templaba su guitarra por seguiriyas, por soleares, por lo que le viniera en gana, e incluso a veces, si teníamos suerte, la tía Amalia lazaba al viento su voz como un trueno poderoso que se fuera afilando en las cuchillas de la cal del patio, reverberando como rayos de sol, colorida en oro, en naranja de ocaso, en noche negra mientras la guitarra lloraba a su compás, se detenía en el tiempo como el lamento de Dios, se derretía salpicando estrellas de fuego como las fraguas de mis antepasados; la voz se hacía arroyo y la guitarra, barca que la guiaba sobre su corriente, que la esperaba en remolinos oscuros cuando la cantaora perdía el norte y lo buscaba con la garganta al rojo vivo. Eran anocheceres que jamás olvidaré por años y años que viva, por moderno y distinto que se haga el mundo.

Y en medio de todos, Saritilla, sus piernas más firmes, sus brazos más largos, sus ojos más brillantes al paso de los meses y los años. Saritilla que era la promesa, la esperanza hecha pluma que baila con las brisas más flamencas, más ligeras, más enfebrecidas; lo que el aire pidiera, Saritilla se lo daba después de cien requiebros, enfrentados como aves del paraíso haciendo la ronda. Los pinreles de la niña dibujaban encajes en el suelo, de pronto todo se detenía (ay, aquellas soleás tristes, ondulantes

como la mar alrededor de las barcas que encallan en la arena), la tía Amalia que clamaba *Oh pena de los gitanos, pena limpia y siempre sola, oh pena de cauce oculto y madrugada remota*, y la cintura de Saritilla que se erguía como una sierpe ante la llamada de la flauta, que se arqueaba despacio, muy despacio, hacia atrás, que se quiebra esa vara de nardos florida, olé mi niña que así bailarías la Macarena si Dios no fuera celoso, y que de pronto gira sobre sí misma, los brazos que parecen rozar el suelo, el pelo negro que sí lo roza, el talle que se retuerce como un sacacorchos y destapa el duende, la magia, el salto hacia atrás, la locura del zapateado (¿qué le pondría el Búho zapatero a los taconcitos bajos de los zapatos de la niña, que sonaban como un cajón flamenco tocado por los dedos de ángeles chicos?) y el cielo que se nos caía encima pero sin daño, como una lluvia bienhechora sobre los campos de Córdoba en agosto. Miraba yo la noche y me sorprendía el brillo de las estrellas cuando bailaba mi prima, y siempre había una que brillaba más, mucho más, que relumbraba como un carbón furioso cuando le sopla el fuelle. El Búho me dijo que las estrellas tienen nombre, pero nunca pude recordar el de aquella que tenía celos de mi prima, o la anhelaba, qué sé yo. Yo la llamaba *la estrella* y para mí no existía otra. La estrella de Saritilla.

Bendita nuestra niña, bendito el Búho, bendito Dios que al quitarnos la patria a los gitanos, nos regaló la Tierra entera para nosotros, cada monte y cada valle, cada laguna y cada secarral, cada cauce y cada caudal de agua que lo recorre. Quien niegue que el flamenco es tan gitano como el duende, como la Razón Incorpórea, o no tiene ni idea de lo que dice o quiere robarnos ese poquito de bueno que nuestra raza nómada, que tanto sabe de la Pena honda, llevamos por bandera.

¿Sabéis de donde proviene la palabra “flamenco”?”, disertaba el Búho cada vez que un crío nuevo aparecía por su patio, ya fuera en busca de juegos con los primos o comandado por sus madres para arreglar unas botas o ponerles tapa a los zapatos de tacón de los domingos. Viene de la expresión andalusí “*fellah min gueir ard*”... ¿Qué es andalusí, tío Búho?, le interrumpía siempre alguna vocecita curiosa, que aunque lo supiéramos de corrido, nos gustaba oírlo de su voz tranquila, amable siempre. Andalusí era un idioma que se hablaba en Andalucía y hasta en Valencia cuando vivían aquí los moros. Un idioma muy sonoro, del que provienen la mayoría de las palabras españolas que comienzan por “al”, como “alfombra”, “alberca”, “alcohol”... Palabras como “ojalá”, que significa “Dios lo

quiera”, porque debéis saber que la religión de la mayoría de los árabes es la musulmana, y su Dios se llama Alá. Pero siguiendo con lo que estábamos –su regreso siempre era dulce pero firme-, “fellah min gueir ard” quiere decir “Campesino sin tierra”. Blas Infante, el Padre de la patria andaluza, decía que las palabras exactas eran ““Felah-Mengus”: “campesino errante”. Al parecer, así llamaban a los moriscos expulsados de España que se quedaron y se mezclaron con el resto de la población, principalmente con nosotros, los gitanos. Nosotros somos esos campesinos sin tierra, nómadas, que trabajamos la tierra de otros, que no tenemos un país al que llamar propio. Dicen que provenimos de una de las doce tribus de José, que se quedó perdida por Egipto; otros dicen que de Flandes, de la India, de Hungría, de Afganistán... Quién sabe qué pasó tanto tiempo atrás; yo no creo que vengamos solo de un lugar, aquí o allá. Venimos de todas las tierras del mundo: somos los despojados. Habrá entre nosotros judíos que vagan desde que se perdieron cuarenta años en el desierto, y habrá indios americanos a los que echaron de sus praderas. Habrá nativos de islas remotas y explotadas, e irlandeses que no pudieron subir a los barcos ataúdes que los señoritos les pusieron en tiempos de la Hambruna. Mineros de Riotinto que se negaron a calcinarse los pulmones en vida con las teleras asesinas, africanos que se arrastraron por la selva prefiriendo la muerte a caer en manos de los traficantes de esclavos; cristianos huyendo de los romanos, investigadores y curanderos perseguidos por la Inquisición. Hombres que no han querido ser gusanos y gusanos que han luchado por ser hombres. Tunantes, estafadores, timadores... eso también. Como en todas las razas. Más vistosos los gitanos, sí, porque no tenemos guaridas bajo tierra, porque somos hombres de luz.

Eran una extraña pareja, Saritilla y el Búho. Cuando cumplió diez años, la tía Carmen me encasquetó a la niña para que la acompañara en sus comienzos de cerillera. Llevaba una cesta colgada del cuello con un lazo vistoso, y en la cesta, tabaco, cerillas y gominolas de colores. Aun así, se las apañaba para pasar al menos una horita al lado de su hermano, en silencio casi siempre, en aquel patio que era su segunda casa. Cuando él tocaba, ella bailaba. Por muy cansada que estuviera, lo hacía. Necesitaba bailar porque no tenía voz para el cante, pero el espíritu del flamenco inundaba sus venas y corría por ellas como un caballo desbocado que galopa, infatigable, por los mapas de la soledad.

A los catorce años, Saritilla tenía un cuerpo de mujer de esos que llaman la atención por dondequiera que vayan. No era alta, pero tenía la cintura estrecha, los pechos pujantes y las caderas de ánfora, a lo que se añadía la larga cabellera negra y la carita de niña, pues a pesar del ambiente en que se movía para vender su mercancía, era inocente como lo son quienes viven esperando un milagro. No llegó el milagro pero perduró su espera a lo largo de toda la vida de mi prima, porque lo que sí llegó fue lo contrario, el desmilagro, la catástrofe. Un coche conducido por un borracho se le echó encima una noche al regresar a casa, yo pude esquivarlo, tiré de ella, quedó el suelo sembrado de cajetillas de tabaco, cerillas y gominolas de mil colores que se fueron tiñendo, demasiado aprisa, de un rojo escandaloso que aullaba desde mi boca, el rojo que brotaba de un tobillo segado, un tobillo del que colgaba un pie con el primer y último zapatito de tacón de la gitana que tenía que haber rendido a sus pies al público de los mejores teatros del mundo.

Saritilla murió aquella noche, nuestra Saritilla. Del capullo de aquella muerte nació una mariposa tullida, asustada, mariposa con las alas quebradas, sin voz ni sueños. Anidó en el patio junto a su hermano mayor para desesperación de la tía Carmen, a la que se le echaba encima otra boca para alimentar. De esperanza triunfadora, la muchacha pasó a plomo en ala. El silencio cayó sobre ella como el velo de una novia muerta. Su larga melena se disfrazó de mortaja que cubría negra y sedosa, un rostro azul y pálido de noches tristes. Con los ojos bajos y las manos aferradas a la sillita, dejaba pasar las horas junto al Búho, sin hablar, mirando al vacío, sin saludar a los que íbamos a verla y a intentar animarla.

Pasaron, impertérritas todas las estaciones de un año antes de que el Búho fuera capaz de volver a coger su guitarra. Fue en la noche de las lágrimas de san Lorenzo, a la madrugada. Llegamos poco a poco, arrastrando toallas o mantas de viaje, dispuestos a mirar al cielo tumbados en aquel patio grande que cada vez se parecía más a un hospital para caídos por la vida, perdedores sin lucha. Nadie sabía lo que había herido al Búho antes de hacerse hombre, aunque se rumoreaba de un amor de esos que al morir dejan el agujón dentro de la herida. Todos conocíamos el dolor de Saritilla. Eran dos llagas en carne viva que no se curaban al juntarse, pero tal vez se endurecían, o por el contrario se asedaban,

nunca lo supe, pero entendíamos que su destino era continuar juntos. Ahora él tocaba y ella no bailaba, y la estrella celosa ya no refulgía con brillo de puñales. Tuvo que ser en aquella noche en que el cielo se deshacía en luciérnagas celestiales, cuando los hilos de sus vidas deshicieron el primer nudo.

Los ojos de Saritilla iban pasando de su falda al suelo y del suelo a las manos del Búho, y allí se quedaron prendidos. La música se vertía en un chorrillo de luz que se hacía arroyo y se abría en potente catarata, para culminar en lago de donde brotaban, oscuros, los cisnes de las tres de la madrugada, las ideas que perforan la esperanza haciéndola derramarse, vaciarse, como las manos siempre decepcionadas que se aferran a un puñado de arena. Los acordes acariciaban la piel rota de Saritilla y sus ojos brillaban anegados en lágrimas, como si hasta ella llegara el lamento del pie desgajado que aún acudía en blanco fantasma para doler su ausencia.

La prima Isabel grabó un disco que se vendió requetebien; Sarai la grande y su hermana Rafaelilla formaron una pareja de bailaoras que triunfó en muchos cafés cantantes. Su especialidad era la farruca, un baile que viene de donde las meigas y las filloas, una danza seria, trágica, que mis primas bailaban vestidas de hombre con los zapatos brillantes que hipnotizaban con su zapateado. Nunca lo comentábamos delante de la Coja porque no sabíamos cómo iba a reaccionar. Ella seguía callando, como si a la vez que el pie, aquel automóvil maldito también le hubiera rebanado la garganta. Solo movía las manos, ensartaba abalorios para hacer collares de cuentas de colores que vendían las primillas chicas en las ferias con su gracia zalamera, y cuando ya la luz escaseaba, seguía moviendo sus dedos mientras sus ojos no se separaban de los dedos de su hermano sobre las cuerdas. Yo sospechaba que cualquier día nos saldría tocando la guitarra y el arte que de los pinreles le había arrebatado el destino, le saldría por las manos. Cuando se lo dije, no me miró, solo suspiró y soltó una risita sarcástica que daba lástima.

¿Tocar yo la guitarra? Pero ¿tú has visto alguna vez a una mujer tocaora? Me encabrité. Pues ¿quién te crees que enseñó a tocar a Carlos Montoya? Fue su madre, la tía Tula, hermana del maestro Ramón Montoya, y ella fue la que le puso la guitarra en las manos y le dio cañita, aunque luego lo mandó con Pepe el Barbero para que rematara lo que ella empezó. ¿Te parece mala maestra?



¿Y qué?, me contestó la Coja; aficionadas habrá, pero ¿guitarristas que toquen en los tablaos? Ni una sola. Ignorante, le dije, lo que pasa es que no las mencionan los papeles, pero de toa la vida de Dios las mujeres han estado ahí subidas, si quieres te repaso la historia un poquito pa que no te creas que ibas a ser la primera... y pa te den fuerza las que vinieron antes que tú. Escúchame: Dolores la de la Huerta, Amparo *la Campanera*, Anilla *la de Ronda*, Pepa *la Antequerana*, Triniá *la Cuenca*, Mercedes *la Serneta*, Adela Cubas... Para que veas si ha habido mujeres, y sonás. Toma nota, niña: Teresita España grabó en cilindro de cera, allá por la segunda década del siglo, y la moza tocaba la guitarra y cantaba a la vez, no veas, que le daba a tó, lo mismo te cantaba una bulería que se arrancaba por cante jondo de ese que te pone los pelos como escarpías. Lo que pasa es que luego vinieron la guerra y tó lo que arrastró, y no hubo mujer que grabara un disco. Cantando sí, claro, pero ¿guitarristas? Ni de broma. Se perdieron sus nombres en las sombras del olvido que nos cubren a las mujeres por muchas luces que queramos encender, que siempre viene alguien detrás pa soplar sobre nuestra llama. Pero bueno, tuvo que ser en las Américas, en los Estados Unidos esos, donde una mujer grabó el primer disco de concierto con su guitarra, y hasta editó manuales para enseñar a tocar. Se llamaba Anita Sheer y fue alumna de Carlos, nuestro primo, sí, coincidencias de la vida que se enreda como hilo de seda. Que cómo sé todo eso yo, pues eso y más, Saritilla, lo sé porque lo he visto en papeles, porque mi madre me lo ha enseñado y mi abuela se lo enseñó a ella, que mi abuela por parte de padre fue una de aquellas gitanas granadinas que inspiraron al príncipe de los poetas, ese Federico que nos cantaba verdes y amigas de la luna. Y si quieres saber más nombres y más mujeres, aquí estoy yo pa contártelo cuando me quieras preguntar. Pero hazme caso, niña, hazme caso y coge esa guitarra y ya verás cómo de su boca redonda sacan tus dedos las quejas más hondas, las penitas más negras, y las dejan correr por el aire como quien desgrana los misterios de un rosario de nácar o de perlas de Ormuz, y las lágrimas van perdiendo sal a medida que las notas suben y bajan y se rizan, y por los dedos te va a salir esa tristeza que te pone la carita del color de los cirios del Nazareno.

Saritilla la Coja había ido apartando los ojazos de la falda y los había ido subiendo, como sin querer hacerlo, de mi regazo a mi cuello, luego a mi boca y por fin a mis ojos, y se bebía mis palabras con la misma ansiedad en su mirada que un sediento perdido en el desierto que se encuentra de pronto un

remanso de agüita clara, de esa que quita la sed na más que con el brillo. El Búho, que me escuchaba también, levantó, despacioso, la guitarra que reposaba sobre sus piernas como un perro dormido y la depositó en la falda de la muchacha. Le cogió las manos, le colocó los dedos, la besó en la frente y le dijo: ¡Toca!

Y Lázaro anduvo, como dice el evangelio de San Juan. Saritilla la Coja, temblorosa, consiguió arrancar a aquel instrumento de madera y tripas vibrantes unos acordes que sonaron como voces desafinadas por una condena a silencio. Saritilla reprimió un sollozo y fue a alejar de sí la guitarra, pero el Búho le clavó los dedos en el hombro, yo lo vi, y una corriente de valor electrizó a mi prima. Yo me fui con la madrugada pero ellos se quedaron allí, embebidos en su mundo de música que buscaba ondas para manifestarse con todo el poderío con que nuestra raza perseguida y vituperada ha batallado desde mucho más atrás en el tiempo de lo que los historiadores creen.

Una no se hace guitarrista en una noche. Ni en cien, ni en mil. Se va aprendiendo, se va tarareando, se extiende cada vez más de dentro afuera, de la entraña a las puntas de los dedos, y después vuelve a entrar como el veneno que se unta en la piel y penetra lento hasta el tuétano de los huesos. Saritilla la Coja no tenía prisa; su reencuentro con esa música que tanto amaba le recordó que ella, como todos nosotros, era de las que gozan del viaje, de las que se paran a oler las flores y a escuchar el canto de las aves, de las que se zambullen en un lago y nadan con las lamias de pies palmeados, y se peinan con sus peines de oro y después continúan, mordisco al pan tierno y agua de la fuente de la plaza, techo de estrellas, paja o mármol, lo que venga.

Recuerdo aquella noche, cuando tocaron juntos por vez primera y última. Lo he contado tantas veces que cada palabra va cosida a mi memoria. La gente me escucha como quien oye una leyenda, y ya se sabe que las leyendas solo son romances para contar junto a la lumbre en noches de tormenta. Pero yo os juro que lo que cuento lo vi yo, lo vi con mis propios ojos, otra noche en la que San Lorenzo lloraba sobre un cielo de agosto al que la luna había despreciado. Tocaban Saritilla y su hermano el Búho y en aquel patio que antaño se llenaba de niños solo quedaba yo para escucharlos. La vida nos había ido llevando de su mano, repartiéndonos por tierras extrañas en las que tampoco nos dejarían enraizar.

Tocaban los dos hermanos como si arañaran la entraña de las guitarras; sus dedos iban hurgando el vientre del instrumento, sacando de él caracolas de nácar que se dejaban llevar hasta la orilla y adquirirían allí un brillo mate, como de perla cuando le roza el sol de la mañana. Las alas de los cisnes nocturnos se blanqueaban y resplandecían, renaciendo la esperanza de entre la negrura de los pensamientos. Caían las notas, despacio, como hojas amarillas de un otoño temprano, y de repente se elevaban y subían hasta el sol con un revuelo de alegría en los pájaros. Tocaban los dos y el cielo se rompía en pedazos brillantes, espejeaba en terciopelo tachonado de gemas, mi garganta se cerraba estrangulándome de deleite y belleza. Respiraban las guitarras como dos ciervos que hubiesen pasado la noche retozando, y ellos seguían mirándose y refulgían en sus rostros los ojos negros, tan idénticos que era igual que penetrar en un laberinto de espejos. Se fueron apagando las notas muy despacio y yo los miraba y miraba al firmamento y entonces vi que la estrella, aquella estrella que rabiaba en celos de mi prima, iba adquiriendo un brillo que me deslumbraba, me dolían las pupilas al mirarla, hasta que de pronto emprendió un vuelo raudo hacia abajo, hacia nosotros, ¡lo juro, yo la vi!, y al llegar a mis primos se hundió como una flecha de plata en los ojos de ella y en el pecho de él. Yo vi sus sombras subir bailando por el camino de luz que la estrella asesina había dejado abierto. Nadie creyó mi historia, me llamaron la Loca desde entonces, pero yo sé que todo aquello ocurrió, y cada noche de perseidas los busco en el cielo estrellado y siempre los encuentro porque guía mi búsqueda una seguiiya dolorosa que se derrama en nostalgia de pueblo apátrida, poema del libro sonoro en el que los gitanos seguimos escribiendo nuestra historia en esta Tierra que juzga a los hombres por el color de su piel y por las monedas que llenan su bolsillo.